REVISTA de crítica literaria marxista

# REFLEXIONES SOBRE *TROPPO MARE* DE JAVIER EGEA Y *LA OPRESIÓN Y LA LIBERTAD* DE SIMONE WEIL

Luis Miguel Vicente
Universidad Autónoma de Madrid

Mi primer contacto con la poesía de Javier Egea fue su poemario *Troppo mare* editado por José Rienda en el 2000[1], un año después de la muerte del poeta. Me encargó su reseña la revista *Ficciones* y comencé a leerlo sin demasiada idea de lo que es poesía materialista, ni la tenía entonces ni la tengo ahora. Lo leí como poesía, porque creo que la esencia de la poesía es universal y no le cuadran bien los adjetivos restrictivos. No quería de todos modos ponerme a argumentar sobre una etiqueta "poesía materialista", sino sólo entrar en los rastros que mi propio espíritu pudiera comprender entre los rastros de palabras que otro hombre había dejado.

Me di cuenta de que todo el poemario tiene un tono retrospectivo, una mirada desde el final del camino, aunque termine significativamente con un verso que borra en parte todas las heridas del pasado: «Hoy sólo sé que existo y amanece». Ese último verso contrasta con el dolor que mueve el resto de poemas. En ese último poema, «Coda», hay un intento de acallar la obsesión de las ideas, de dejarse ser sin necesidad de etiquetar o de identificarse con el peso muerto de las doctrinas:

> Hipócrita lector, hermano, camarada,
>
> hoy me atrevo a contar tus años y los míos:
>
> mira tanta ceniza
>
> como una herencia gris entre las manos,
>
> mira sangre o asombro tu corazón y el mío tiritando
>
> sobre el extraño hedor de las palabras muertas.
>
> «Coda. Leer el capital»

El cansancio que siente el poeta sobre las palabras es profundo: «Para seguir viviendo he dejado mi nombre/ sobre papeles grises y palabras vacías» («El viajero» II).

Los poemas iban dedicados a algún amigo y precedidos por una cita-lema de otros escritores : «Troppo mare» por la cita de Pasolini: «No es de mayo este

[1] Javier EGEA, *Troppo mare*, ed. de José Rienda, Granada, Dauro, 2000.

aire impuro»; «Rosetta» por los versos de Miguel Hernández: «Besarse a la luna,/ mujer, es besarnos/ en toda la muerte»; «El viajero» por los versos de Garcilaso «... solo, desamparado,/ciego, sin lumbre, en cárcel tenebrosa»; «Coram Pópulo» por unos versos de Lorca: «Entre los juncos y la baja tarde, / qué raro que me llame Federico». Los versos de Lorca me hicieron más patente que el poeta estaba quemando identidades, incluida la propia, buscando la resonancia más pura de su naturaleza original, hecha una con el universo, fatigada por un saber que le estorbaba y por palabras y doctrinas que sabía muertas y pesadas como losas para su propio espíritu.

Aunque el dolor domina en las miradas retrospectivas de casi todos sus poemas, («Lo que pueda contaros / es todo lo que sé desde el dolor/ y eso nunca se inventa», «Córam Pópulo» I), es un dolor que se expresa reflexiva y contenidamente (al modo ideal de Garcilaso), sin estridencias, con una poesía de versículos. Es en general una mirada de desencanto sobre lo vivido, incluido el amor: «Resuelto ya el amor en las vueltas del humo,/ fuimos haciendo nuestros, casi bellos,/ el brazo aquel colgado de una luz despojada,/ dos cuerpos sin amor bajo las mantas ásperas», «Córam Pópulo» III. El último poema, antes de la *coda*, culmina el tono elegiaco con que se mira el pasado al ofrecernos unos versos sobre la muerte de su madre. La tensión entre la necesidad de desapegos que ha aprendido del dolor de la vida y de sus leyes y el amor por la madre recién muerta se expresa como un domado grito:

Un campo de cenizas te reclama

Desde la plenitud de la semilla

Y tus ojos no están pero en mis ojos cantan,

pero en mi carne acodan su sonrisa

de luz recién cortada.

Por no saber tu vientre de madre detenido

yo no quise mirar bajo las sábanas.

Pero sobre las mesa, a través del cristal,

los anillos vacíos me miraban.

Las cosas, (anillos, cenizas, semillas...) miran y son miradas. Imponen el misterio de la trasformación: son lo que queda de la madre y están de nuevo insinuando la magnitud del misterio de la vida frente a la pobreza de la percepción convencional. Pretender captar la existencia sólo con la inteligencia es harto superficial. Con la muerte de la madre se impone la profundidad del misterio de la vida y de la muerte: «No era posible tú, la de todos los días,/ de pronto entre algodones

acunada». Los recuerdos de los seres queridos idos vivifican algunas cosas que les pertenecieron, como los «anillos vacíos» ahora de su madre. Y ese duelo trae el recuerdo de otros: el amigo Miguel que se echó en los raíles de un tren y que inspira «El viajero» es recordado en el poema final «Leer El Capital». El llanto callado por la madre muerta le sirve al poeta para sentirse en un nuevo momento de su existencia: «Aventada la vida -sus pavesas-,/ es urgente romper hacia otro norte/ aun llevando en los pasos/ la certeza diaria de la muerte»; sorprendiéndose de la capacidad del ser para sobrevivir a las pérdidas y para volverse más contemplativo y menos inquisitivo ante la inexorable profundidad de la vida: «la ciudad adentrada en el estrago / y yo desnudo aquí y en público sangrando/ como si nunca nada me hubiera sucedido./ Hoy sólo sé que existo y amanece» («Coda, Leer *El Capital*»). Con esos versos se cierra el poemario. «La piedra Rosseta» (que sirve de portada al libro además de cómo título del segundo poema) y que representa la búsqueda de respuestas y conocimiento, es sustituida al final por el sentimiento de ser, ligado al de amanecer, es decir, ser en el universo, como parte de él, más allá de todas las preguntas, ser como le es dado al ser humano y a todo los seres, receptivamente, y sabiendo que hay límites para el conocimiento. El socrático final del poemario reconociendo que lo que se ignora es mucho más que lo que se sabe, contrasta con los desgarros del desamor, de la miseria social, de los traumas de la mala educación, de las búsquedas perdidas de las que se quejan el resto de poemas. «Troppo mare», demasiado mar, titulo que homenajea a Cesare Pavese, sugiere sobre el conjunto del poemario lo inconmensurable de los sentimientos –agua, mar- para ser asimilados por la conciencia («Ven dulce sopor, anhela demasiado el corazón», nos decía Hölderlin)

Cuando el conocimiento se rinde, la poesía renace como resonancia de lo que no muere, de lo que es, sin saber por qué, porque el origen y la profundidad de la existencia no puede reducirse a palabras, so pena de sentir entonces el encuentro con el vacío de las palabras muertas. No sé por ello qué es poesía materialista ni si lo es la de Javier Egea, ni me importa en realidad calificarla de ningún modo, comprendida la idea y el sentimiento sobran las palabras, y para lo esencial de un mensaje poético, como para el espíritu, la erudición y la disputa es un ahogo más que una iluminación.

Lo que entiendo es que muchos artistas en nuestras condiciones históricas, quisieron poner en su arte un ideal de trasformación que sintonizó en parte con los ideales del materialismo filosófico y de la revolución comunista, en aras de conseguir un mundo más justo, más libre del egoísmo separador. Mas como es común que las doctrinas cambien de nombre pero el egoísmo no pierda sus raíces, pues éste no se desbarata con ideas, los poetas han dejado testimonio también de su decepción con las doctrinas y para este encuentro en el marco teórico del marxismo, quizás impelido por el dolor de las palabras muertas que evoca Egea y su resonancia en mí, he querido acudir a otra escritora, que profundizó extraordinariamente en los peligros que el materialismo filosófico debía superar para no quedarse sólo en cambio de nombre de doctrina. Me refiero a Simone Weil, comprometida sobre todo en actos con la izquierda.

Simone Weil optó por compartir las miserias de la clase obrera en la guerra civil española y en la guerra mundial que le afectaba aun más por su condición de

judía, renegando de sus privilegios de clase, con un sentido nada ortodoxo de la compasión:

> La misericordia debe tener la misma dimensión que el acto creador. Ninguna criatura puede quedar excluida de ella. No amarse a sí mismo más que con un amor de compasión. Todas las cosas creadas son objetos de compasión, porque pasan. Todas las cosas creadas son objetos de compasión, porque son limitadas. La compasión dirigida hacia uno mismo es la humildad. La humildad es la única forma permitida de amor a sí mismo.

Y eso lo decía y lo practicaba "la dama roja", llamada así por su compromiso con las reformas sociales y la aplicación de un marxismo que nada tenía para ella de veleidad teórica ni tampoco de ateo, pues aunque no profesó en religión ninguna, comprendió y vivió la esencia de todas, con una sensibilidad que estremece: «Dios está ausente del mundo, salvo en la existencia en este mundo de aquellos en quienes está vivo su amor. Por ello tienen que estar presentes en el mundo por la misericordia. Su misericordia es la presencia visible de Dios en este mundo».

Porque lo importante es que las aspiraciones nobles no sean sólo un asunto de palabras. Sólo en las obras alcanza sus metas la humanidad, las meras luchas ideológicas son aberrantes e inútiles y sólo sirven a menudo para que, como recuerda el buda Sakamuni, los hombres se revuelquen en las palabras como los elefantes en el barro. Atención a la seducción de la dialéctica y del culto por las frases, los siempre vivos sabios taoístas nos lo recuerdan: «El Tao que puede ser expresado con palabras no es el Tao eterno».

Pero hay una razón por la que el concepto "poesía materialista" resuena en mí como un descomunal oxímoron, una tremenda contradicción. Una razón que no quiero articular con palabras mías, sino con un extracto de algunas reflexiones sobre el marxismo que dejó Simone Weil, y que siguen siendo para mí la reflexión más profunda sobre lo que significó el marxismo. Aunque extractado, es un texto largo para ser leído y suficiente para lo que yo quisiera hoy traer a este encuentro como reflexión, con el ánimo precisamente de lo que capto de *Troppo mare* de Javier Egea, de menos materialista. Son fragmentos del texto *La opresión y la libertad*, y desearía que Javier Egea los escuchara también:

> La imagen de la contradicción en la materia es el choque de fuerzas opuestas. Ese movimiento hacia el bien, a través de las contradicciones, que Platón describió como el de la criatura pensante auxiliada por una gracia sobrenatural, Marx lo atribuyó pura y simplemente a la materia, pero a cierta materia: la materia social.
>
> Le llamó la atención el hecho de que los grupos sociales se fabriquen morales para su propio uso, morales por medio de las cuales cada uno sustrae del alcance del mal su actividad específica. Hay así una moral del guerrero, una moral del mercader, y así sucesivamente, cuyo primer artículo es negar que se pueda cometer ningún mal cuando efectúa metódicamente la guerra, los negocios, etcétera. Además, todos los pensamientos que circulan en una sociedad, cualquiera sea, están influidos por la moral particular del grupo que la domina. Es un hecho que nunca ha sido ignorado. […] Una vez reconocido esto, se puede reaccionar de muchas maneras, según la profundidad de la inquietud moral: Uno puede reconocerlo para los otros e ignorarlo para sí mismo. Esto significa sencillamente que se admite como absoluta la moral del grupo del que se forma parte. Entonces se está tranquilo. Pero desde el punto de vista moral, muerto. El caso es extremadamente frecuente.
>
> O bien se puede tener conciencia de la miserable flaqueza de todo espíritu humano. Entonces sobreviene la angustia. Algunos, para escapar de la angustia, aceptan que las

palabras "Bien" y "Mal" pierdan todo significado. […] Otros buscan […] desesperadamente, un camino para salir del terreno de las morales relativas y conocer el bien absoluto. Entre ellos se pueden contar espíritus de valor desigual, tales como Platón, Pascal, y, por extraño que pueda parecer, Marx.

El verdadero camino existe. Platón y muchos otros lo han recorrido. Pero sólo está abierto para aquellos que, reconociéndose incapaces de encontrarlo, ya no lo buscan, y sin embargo no dejan de desearlo con exclusión de toda otra cosa. A ellos les está acordado nutrirse de un bien que, situado fuera de este mundo, no está sometido a ninguna influencia social. Es el pan trascendente a que se refiere el texto original del Padrenuestro.

Marx buscó otra cosa y creyó encontrarla. Como los engaños en materia moral emanan de grupos particulares, cada uno de los cuales intenta postular su propia existencia como un bien absoluto, se dijo que el día en que no hubieran más grupos particulares las mentiras desaparecerían. Admitió, en forma totalmente arbitraria, que el choque de las fuerzas sociales terminaría produciendo automáticamente esta destrucción. […] admitió que la sociedad, por un proceso automático de crecimiento, eliminará su propio veneno. Lo admitió sin ninguna razón, porque no podía hacer otra cosa.

Así hay que comprender lo que a menudo aparece en él como la negación de las nociones mismas de verdad, de justicia, de valor moral. […] Así Marx, exactamente como los hombres de negocios de su tiempo o los guerreros de la Edad Media, concluía en una moral que situaba por encima del pecado la categoría social de la que formaba parte, a saber la de los revolucionarios profesionales. Recaía en la misma debilidad que con tantos esfuerzos había tratado de evitar, como ocurre a todos los que buscan la fuerza moral donde no está.

En cuanto a la naturaleza de ese mecanismo productor de paraíso, la deduce de un razonamiento casi pueril. Cuando un grupo dominante deja de dominar, es reemplazado por un grupo que antes se encontraba naturalmente más abajo. A fuerza de repetirse ese proceso, el crecimiento social termina para llevar a lo alto al grupo que estaba más bajo. Entonces ya no hay más lo bajo, la opresión […]

La fuerza, al cambiar de manos, sigue siendo una relación de más fuerte a más débil, una relación de dominación. Puede cambiar de manos indefinidamente sin que jamás se elimine un término de la relación. En el momento de una transformación política, los que se aprestan a tomar el poder poseen ya una fuerza, es decir una dominación sobre los más débiles. Si no poseen ninguna, el poder no caerá en sus manos, al menos que pueda intervenir un factor eficaz que no sea la fuerza, cosa que Marx no admitía. El materialismo revolucionario de Marx consiste en establecer, por una parte que la fuerza sola regula exclusivamente las relaciones sociales, por otra parte que un día los débiles, sin dejar de ser débiles, serán al mismo tiempo los más fuertes. Creía en el milagro sin creer en lo sobrenatural. Desde un punto de vista puramente racionalista, si se cree en el milagro es mejor creer también en Dios.

Lo que hay en el fondo del pensamiento de Marx es una contradicción. Lo que no quiere decir que la ausencia de contradicción sea un criterio de verdad. Por el contrario, la contradicción, como ya Platón lo sabía, es el único instrumento del pensamiento que se eleva. Pero hay un uso legitimo y un uso ilegitimo de la contradicción. El uso ilegitimo consiste en combinar afirmaciones incompatibles como si fueran compatibles. El uso legítimo consiste, cuando dos verdades incompatibles se imponen a la inteligencia humana, en reconocerlas como tales y convertirlas por así decirlo en […] un instrumento para entrar directamente en contacto con el dominio de la verdad transcendente, innaccesible a nuestra inteligencia. […]

Marx era un idólatra. Su idolatría tenía por objeto la sociedad futura. Pero como todo idólatra necesita un objeto presente, la dirigió sobre una fracción de la sociedad que él creía a punto de operar la transformación esperada, es decir el proletariado. Se consideraba como su jefe natural, a menos para la teoría y la estrategia general; […]

Tenía razón en un sentido. Casi todos los socialistas de ese tiempo, inclusive él mismo, sin duda hubieran sido incapaces de ponerse de parte de los más débiles si, al lado de la compasión provocada por la debilidad, no hubiera existido el prestigio ligado a una apariencia de fuerza. Este prestigio venía no de un futuro presentido, sino de un pasado reciente, de algunas escenas brillantes y engañosas de la Revolución francesa.

Los hechos muestran que casi siempre los pensamientos de los hombres están formados, como pensaba Marx, por las mentiras de la moral social. Casi siempre; pero no siempre. Esto también es cierto. Hace veinticinco siglos, ciertos filósofos griegos, cuyos nombres mismos nos son desconocidos, afirmaban que la esclavitud es absolutamente contraria a la razón y a la naturaleza. Así como las fluctuaciones de la moral según los tiempos y los paises son evidentes, también es evidente que la moral que procede directamente de la mística es una, idéntica, inalterable. Esto se puede verificar considerando Egipto, Grecia, India, China, el budismo, la tradición musulmana, el cristianismo y el folklore de todos los países. Esta moral es inalterable porque es un reflejo del bien absoluto que se sitúa fuera de este mundo. Es verdad que todas las religiones, sin excepción, han hecho mezclas impuras de esta moral y de la moral social, en dosis variables.

La obra verdaderamente capital de Marx es la aplicación de su método al estudio de la sociedad que le rodeaba. Definió con una precisión admirable las relaciones de fuerza en esta sociedad. Mostró que el trabajo a salario es una forma de opresión, que los trabajadores están evidentemente avasallados en un sistema de producción en el que, despojados de saber y habilidad, se ven reducidos casi a la nada […] Mostró que el Estado, constituido por categorías de hombres separados de la población - burocracia, policía ejército - constituye él mismo una máquina que aplasta automáticamente a los que pretende representar. Percibió que la vida económica misma iba a hacerse cada vez más centralizada y burocrática….

Estas premisas debían conducirlo a prever el fenómeno moderno del Estado totalitario y la naturaleza de las doctrinas que surgirían alrededor de él. Pero Marx quería que ese sombrío mecanismo trajera la justicia. Por eso no quiso prever. Admitió los absurdos más evidentes, más contrarios a sus propios principios. […] Había hecho ver con la evidencia más cruel que esta técnica, esta cultura, esta organización del trabajo y de la vida social constituyen las cadenas que tienen esclavizados a los trabajadores. Y al mismo tiempo quiso creer que, permaneciendo todo esto intacto, el proletariado rompería la servidumbre y asumirla el mando.

En cuanto a la interpretación marxista de la historia, no se puede decir nada porque no existe. No hubo ninguna tentativa para explicar la evolución de la civilización en función del desarrollo de los medios de producción. Además, estableciendo que la lucha de clases es la clave de la historia, Marx ni siquiera ha intentado demostrar que este es un principio de explicación materialista. Y de ninguna manera es evidente. La aspiración del alma humana hacia la libertad, la codicia del alma humana frente al poder, también pueden analizarse como hechos de orden espiritual.

Colocando sobre estos hechos el rótulo "lucha de clases", Marx sólo los ha simplificado en forma casi pueril. […] quiso olvidar que las luchas de los oprimidos entre si y de los opresores entre sí son tan importantes como las luchas entre opresores y oprimidos, y que muchas veces el mismo ser humano es lo uno y lo otro a la vez. Estableció la noción de opresión en el centro de su obra pero jamás trató de analizarla. Nunca se preguntó en qué consiste.

Lo que constituye la prodigiosa fortuna política del marxismo es ante todo esta yuxtaposición entre dos doctrinas pobres, sumarias e incompatibles entre sí. La humanidad siempre ha hecho reposar en Dios la esperanza de saciar su sed de justicia. Desde que Dios estaba ausente de las almas había que perder esta esperanza o basarla en la materia. Necesita un aliado todopoderoso. Si este aliado no es espíritu será materia. Se trata simplemente de dos expresiones distintas del mismo pensamiento fundamental. Sólo que la segunda expresión es defectuosa. Es una religión mal construida. Pero es una religión. No

es asombroso pues que el marxismo haya tenido siempre un carácter religioso. Tiene de común con las formas de vida religiosa más ásperamente combatidas por Marx un gran número de cosas y especialmente el haber sido con frecuencia utilizada, para citar la fórmula de Marx, como opio del pueblo. Pero es una religión sin mística en el verdadero sentido de esta palabra.

No sólo el materialismo en general, sino la especie de materialismo propia de Marx debía asegurarle una vasta influencia. El siglo XIX creyó que la producción industrial era la clave del progreso humano. Era la tesis de los economistas, el pensamiento que permitía a los industriales matar de cansancio a generaciones de niños sin el menor remordimiento. Marx simplemente tomó esta idea y la transportó al campo revolucionario, preparando así una especie muy particular de revolucionarios burgueses.

Pero estaba reservado a nuestra época el utilizar las obras de Marx al máximo. La doctrina idealista, utópica, que contiene es preciosa para levantar a las masas, para hacerles que lleven un partido al poder, para mantener a la juventud en el estado de entusiasmo permanente necesario a todo régimen totalitario. […]

El vicio de tal pensamiento no es la combinación del materialismo y el idealismo pues deben estar combinados. Es situar esta combinación demasiado bajo. […]

Dos cosas son sólidas, indestructibles en Marx. Una es el método que hace de la sociedad un objeto de estudio científico tratando de definir en ella las relaciones de fuerza; otra, es el análisis de la sociedad capitalista tal como existía en el siglo XIX. El resto no sólo no es verdadero sino que es aún demasiado inconsistente, demasiado vacío […]
En el fondo el materialismo de Marx expresaba sólo la influencia de esta sociedad sobre él; tuvo la debilidad de convertirse él mismo en el mejor ejemplo de sus tesis respecto a la subordinación del pensamiento a las circunstancias económicas. Pero en sus mejores momentos se eleva por encima de esta debilidad. El materialismo entonces le horroriza […] Encontró una fórmula insuperable cuando dijo que el capitalismo tiene por esencia la subordinación del sujeto al objeto, del hombre a la cosa. El análisis que hizo de este punto de vista es de un vigor y una profundidad incomparable; todavía hoy, sobre todo hoy, es infinitamente precioso meditarlo […]

No hay nada en tal pensamiento que sea incompatible con la espiritualidad más pura. [Pero Marx ] deja de lado lo sobrenatural.

[…] Los que niegan la realidad de lo sobrenatural se parecen realmente a los ciegos. Tampoco la luz es sólida, ni pesa. Pero por ella las plantas y los árboles suben hacia el cielo a pesar de la gravedad. No se la come, pero las semillas y frutos que comemos no madurarían sin ella.

Igualmente las virtudes puramente humanas no germinarían fuera de la naturaleza animal del hombre sin la luz sobrenatural de la gracia. Cuando el hombre se desvía de esta luz una descomposición lenta, progresiva, pero infalible, lo somete finalmente todo entero, hasta el fondo del alma, al poder de la fuerza. En la medida en que es posible para una criatura pensante, se convierte en materia. Lo mismo que una planta privada de luz se transforma poco a poco en algo inerte.

Los que creen que lo sobrenatural, por definición, actúa de manera arbitraria y que escapa a todo estudio, lo desconocen como aquellos que niegan su realidad. […] La influencia de lo sobrenatural sobre las sociedades humanas, aunque quizá más misteriosa, sin duda puede ser estudiada.

Si se mira de cerca no sólo la Edad Media cristiana sino todas las civilizaciones realmente creadoras, se ve que, cada una, al menos durante un tiempo, tuvo en su centro un lugar vacío reservado para lo sobrenatural puro, para la realidad situada fuera de este mundo. Todo lo demás estaba orientado hacia ese vacío.

> No hay dos métodos de arquitectura social. No hubo nunca más que uno. Es eterno. Pero siempre lo eterno exige al espíritu humano un verdadero esfuerzo de invención. Consiste en disponer las fuerzas ciegas de la mecánica social alrededor del punto que sirve también de centro a las fuerzas ciegas de la mecánica celeste, es decir, "el amor que mueve el sol y las otras estrellas".
>
> No es ciertamente fácil concebirlo en forma precisa ni aplicarlo. Pero en todo caso para lograrlo la primera condición es pensarlo. No se trata de una cosa que se puede obtener por accidente. Quizá se lo puede recibir al final de un largo y perseverante deseo.
>
> [...] Actualmente, embrutecidos como estamos desde hace varios siglos por el orgullo de la técnica, nos hemos olvidado que existe un orden divino del universo. Ignoramos que el trabajo, el arte, la ciencia, son solamente distintas maneras de entrar en contacto con él.
>
> Si la humillación de la desdicha nos despertara, si pudiéramos reconquistar esa gran verdad, podríamos borrar el escándalo del pensamiento moderno, la hostilidad entre la religión y la ciencia.

Podríamos, creo, como Simone Weil, sanar nuestra luz herida, olvidar las palabras muertas, dejar a la poesía la terraza del espíritu, donde desde siempre ama los mundos sutiles. Para un poeta no hay mayor desolación que perder las alas, por ello es que me choca tanto el sintagma “Poesía materialista”.